



Andrea
Camilleri

El precio
del honor

DESTINO

El precio del honor

Andrea
Camilleri

Traducción de
Juan Carlos Gentile Vitale

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1592

Título original: *La bolla di componenda*

© Sellerio editore via Enzo ed Elvira Sellerio 50 Palermo, 1993

© por la traducción del italiano, Juan Carlos Gentile Vitale, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2023

ISBN: 978-84-233-6268-4

Depósito legal: B. 5-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio Grupo Gráfico

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

PRIMERO

Travagliari —o, mejor, *travagghiari*— en siciliano significa sencillamente «trabajar», sin diferenciar entre trabajo pesado, romperrriñones, y trabajo ligero, solo mental y hasta placentero. En italiano, en cambio, las cosas cambian radicalmente: siempre y en cualquier caso, trabajar implica una grave fatiga, esfuerzo y dolor; en efecto, se usa para hablar de los trabajos del parto, o, en discursos excelsos, nos complacemos de los trabajos del alma.

Durante más de treinta años he trabajado, primero en dialecto, luego cada vez más en italiano, en la radiotelevisión estatal, en calidad de director y productor de espectáculos. Y, así, un día de hace demasiado tiempo me invitaron a ocuparme de la dirección de una investigación televisiva titulada *Retrato de familia*, de seis episodios, que habría debido proporcionar una instantánea de la Italia de aquel momento, analizando la vida de algunas familias tipo, desde la de un desocupado hasta la

de un importante ejecutivo. Mi primera reacción fue negarme, podía cómodamente aducir el pretexto de que por contrato yo debía ejercer como director de espectáculos (de «ficción», se diría hoy) y que esa investigación ciertamente no era un espectáculo. Pretexto, he dicho: porque la verdadera razón de mi impulso de rechazarla era otra, y entonces no fácil de explicar.

Ahora, en cambio, me explico. Habiéndome dedicado toda la vida a engañar a la gente a través de *l'illusion comique*, no tenía ningunas ganas de empezar a engañarla —y esta vez mucho más sutilmente— a través de *l'illusion sociologique*. En efecto, no hacía falta mucho ingenio ni una profunda agudeza para entender adónde habría ido a parar todo aquel asunto: en la prevista discusión tras cada episodio, hordas de políticos sociólogos curas expertos estadísticos técnicos psicólogos y así sucesivamente se habrían apresurado en explicar a la ciudad y al mundo que, con la excepción de algún pequeño lunar debido a distracción, mejor de como estábamos en nuestro pequeño pueblo no habríamos podido estar.

Lo que me hizo cambiar de opinión fue saber el nombre de quien había ideado y también habría conducido el programa: Giorgio Vecchietti. Nunca lo había visto en persona, pero conocía, en cambio, muy bien a su hermano, hombre de teatro, que firmaba sus comedias con el nombre de Mas-

simo Dursi. Los rumores sobre él referían que se trataba de un caballero y de un buen periodista, alguien, en resumen, con quien se podía razonar. Y esto garantizaba un discreto equilibrio de la investigación. Además, decían siempre los mismos rumores, era un boloñés atento a no desmentir su naturaleza y, por tanto, dispuesto a disfrutar de la buena mesa y la agradable compañía. Pero mi interés por él nacía, ante todo, de que, jovencísimo, había sido codirector de la revista *Primato*, al lado de Giuseppe Bottai, especie más única que rara de jerarca dotado de inteligencia y cultura.

Precisamente en las páginas de aquella revista, que afortunadamente llegaba al único quiosco de mi perdido pueblo siciliano, yo me había en cierto modo formado, gastando vista y noches en leer ensayos, cuentos y poesías. Recuerdo que la recensión que Giaime Pintor dedicó a un libro de Ernst Jünger, *Sobre los acantilados de mármol*, me hizo dar vueltas atontado por las calles del pueblo bajo un bombardeo aéreo mientras la gente me daba voces de que corriera a refugiarme, y recuerdo también que el debate sobre el existencialismo, en el que participaban Abbagnano, Paci, Della Volpe y otros, me provocó una ligera fiebre acompañada por erupciones cutáneas.

Cuando conocí a Vecchietti empecé, en las pausas del trabajo, a hacerle preguntas acerca de personas y acontecimientos del periodo pasado en *Pri-*

mato, y mi insistente curiosidad quizá hizo que también él empezara a sentir curiosidad por mí. El hecho es que comenzamos a salir juntos y a hablarnos el uno del otro, no ciertamente en confianza (corrían demasiados años entre nosotros), pero sin duda en tranquila amistad. Una tarde, mientras estábamos comiendo, me contó algo que le había sucedido un tiempo antes y que transcribo literalmente.

Como sabrás, durante un cierto tiempo fui director del telediario de la segunda cadena, de área laica. Mi propósito era hacer un informativo más animado y enriquecedor que el de la primera cadena, que era académicamente gubernamental. Así, comencé a quitar de en medio aquellos servicios que me parecían menores y de ningún interés nacional. Abolí, por ejemplo, los que se referían al «corte de la cinta» o a la «puesta de la primera piedra». Es decir: minutos preciosos del informativo eran dedicados a un subsecretario que ponía la primera piedra de la perrera municipal en construcción en Piovasco di Sotto o a un distinguido diputado que cortaba la cinta de un camino de herradura entre Pantano y Pozzanghera, risueños pueblecitos de las montañas friulanas. Eran claramente servicios solicitados por el político local para exaltar su imagen o por objetivos puramente elec-

torales. Tuve algunas quejas, pero la cosa acabó ahí. Otro tipo de servicio que abolí era el que se podía titular «Brillante operación de la Guardia de Finanzas». La secuencia visual era siempre la misma: una patrullera de la Guardia de Finanzas se acercaba a una embarcación, nave o pesquero, los militares se lanzaban al abordaje, y de la bodega comenzaban a emerger cajas de cigarrillos de contrabando, siempre y curiosamente de la misma marca (pero de esto me di cuenta después del encuentro que estoy a punto de contarte) que eran confiscadas. Aquí no podía haber quejas y, en efecto, no las hubo: los servicios desaparecieron tranquilamente. Algún tiempo después me estaba dirigiendo a pie hacia mi casa en las inmediaciones del Panteón, era un benigno octubre romano que animaba al paseo. Estaba recorriendo una calle muy estrecha cuando detrás de mí se encendieron los faros de un auto. Creyendo que me pedía paso, me acerqué al muro. En cambio, cuando llegó a mi altura, el auto, un coche de gran lujo, se detuvo suavemente; vi abrirse la puerta posterior y oí una voz educadísima y persuasiva que me invitaba:

—Doctor Vecchietti, ¿me permite que lo acompañe a casa?

Me pareció descortés negarme. Subí y el coche se movió lentamente. Dentro aleteaba el olor de una refinada colonia, las fundas eran de piel auténtica. Aun con la poca luz, me di cuenta de que

nunca antes había visto al hombre que se sentaba a mi lado.

—¿Nos conocemos? —pregunté.

—Usted no me conoce. Yo, en cambio, conozco su reputación.

—¡Por Dios, mi reputación!

Hubo una pausa brevísima. Luego aquel sesentón urbano y distinguido fue al grano.

—Nuestro encuentro no es casual. Lo he hecho seguir por mi chófer desde que salió del despacho. Y no era mi intención molestarle ni en casa ni en su trabajo. Me agradecería someter un pequeño problema a su exquisita cortesía.

No me estaba pidiendo un favor. Actuaba como un inglés como inglesa era la tela de su traje. Prosiguió sin darme tiempo de hacer un comentario.

—Usted ha dado la orden a sus redactores de que no efectúen ni transmitan servicios dedicados a la eliminación del contrabando de cigarrillos. Quisiera hacerle entender cómo esta disposición suya acaba perjudicando intereses precisos.

—¿Usted pertenece a la Guardia de Finanzas?
—espeté bastante irritado.

El señor me miró asombrado.

—¡¿Yo?! No, usted está muy desencaminado. Trataré de explicarme lo mejor que pueda. Por lo tanto, el mando de la Guardia de Finanzas de, pongamos, Barletta recibe un soplo, como se dice en jerga, una denuncia anónima. Pero tan detalla-

da que es digna de fe. En una fecha precisa, a equis hora de la noche, a tantas millas de la costa, una nave de contrabando estará a la espera de los vehículos de trasbordo de la mercancía. Simultáneamente, con el mismo sistema, es advertido el corresponsal local del telediario, quien maniobra tanto que al final le dejan subir a bordo de una patrullera. También él debe hacer su trabajo, ¿no? La operación tiene éxito, todo es filmado y transmitido. Y así cada uno ha obtenido su provecho. ¿Me explico?

—Usted se habrá explicado muy bien —rebatí—, pero yo no he entendido nada de lo mismo.

Paciente, siempre sonriendo, el señor continuó hablando.

—Sígame con atención, por favor. Debido a la denominada brillante operación, los guardias empeñados reciben elogios, encomios y promociones. Satisfechos, se duermen un poco en los laureles, lo necesario para que el contrabando pueda, en esa zona, continuar sin ser molestado. ¿Está claro ahora?

—Clarísimo. Quien pierde es solo la empresa que produce los cigarrillos.

El señor se permitió una risita educada.

—Bromea, ¿verdad? El operador de televisión ha filmado cajas que, por el hecho de contener mercancías de contrabando, no deberían mostrarse. En cambio, mira qué casualidad, en cada caja

está impresa, en grandes letras, la marca de los cigarrillos. Cuando esas imágenes pasan por televisión, equivalen, egregio amigo, exactamente al gasto que se habría debido invertir para una campaña publicitaria.

Me quedé sin palabras. En tanto habíamos llegado a la calle donde estaba mi casa.

—Yo vivo en el número... —comencé.

—Lo sabemos —dijo el señor apretando calorosamente mi mano entre las suyas—. Reflexione, doctor Vecchietti. No quiebre un equilibrio, no rompa una componenda fatigosamente alcanzada.

—¿Componenda?

—Sí, un pacto no escrito, un *gentleman's agreement*.

Había llegado, bajé.

Este fue, palabra más, palabra menos, el relato de Vecchietti. Y quiero decir de inmediato que hoy, a fines de 1991, mientras lo escribo, se me hace una historia más lejana que el asesinato de Julio César.

Pensar, en nuestros días, que un hombre con cargos de responsabilidad vaya holgazaneando por ahí sin escolta armada y que con el corazón ligero acepte la invitación de un extraño es algo absolutamente inconcebible. De hecho, diré que aún más impensable es que dentro de aquel auto pueda encontrarse una persona como la descrita

por Vecchietti, dispuesta a explicar, a hacer uso de la razón. Estoy persuadido de que en nuestros días lo que hubiera brillado a las espaldas de un periodista culpable de un fallo, aunque sea involuntario, no habrían sido los faros, sino los tiros de un letal kalashnikov.

Para volver al tema: en el momento en que Vecchietti pronunció esa palabra, *componenda*, un eco, del que no supe identificar de inmediato el punto de partida, comenzó a rebotar de recoveco en recoveco en mi memoria, y luego se perdió definitivamente.